

Córdoba, España
940/328/3627

Se abrieron las puertas de la estancia del califa, a lo que siguió la entrada del hombre que ejercía las labores de visir, hasta detener sus pasos a la distancia protocolaria.

–¡Mi Señor, la paz sea contigo! –componiendo la reverencia debida–. Acudo a tu llamada todo lo rápido que me permite este calor.

–¡Hasday, acércate! No sabes lo que me incomoda que tengas que afrontar un viaje de estas características, pero...

–Si mi Señor lo ordena...–interrumpió educadamente su interlocutor–, cumpliré con mi mejor juicio la misión que para mí tienes.

–¡Mi querido Hasday!, el asunto de Barcelona no se soluciona satisfactoriamente, como ya sabes, y ha llegado el momento de las decisiones. En calidad de mi más alto representante, debes acudir allí cuanto antes y zanjar la cuestión con el *Sidi* Suñer. Ya está causando al Califato más problemas de los que necesita.

–Si me permites, mi Señor, creo haber encontrado la manera de que se sometan y paguen los tributos sin tener que entrar en guerra contra ellos.

–Por cierto, hablando de los señores del Condado, ¿estás al tanto de las falsificaciones que parecen estar realizando de nuestra moneda?

–¡Mi Señor, soy judío! El día que los míos nosepan estar atentos a asuntos como este, me temo que nos irá mucho peor que hasta ahora.

–De todas formas, Hasday, he dado orden de que la flota fondeada en Pechina zarpe para Tortosa, mientras tú emprendes la marcha a caballo con la guardia. Es sólo por si el calibre de tu diplomacia se les antoja poco convincente.

–¡Oh, mi Señor!, tu sabiduría es grande pero no creo que sea necesario...



–¡No pienso permitir que ni la misión, y en especial tú, sufráis contratiempo alguno! –espetó Abd al-Rahman III.

–Nunca discuto tus órdenes, mi Señor –respondió con reverencia contenida.

–Espero reunirme contigo a tu vuelta. Los ingenieros que construyen el palacio de Madinat al-Zara’, tienen varias propuestas para las futuras estancias y necesitaré tus opiniones al respecto. Encima también está pendiente el desafortunado incidente del robo de monedas en Fez.

–Ya he enviado un emisario, mi Señor. Lleva orden de organizar un asentamiento judío dentro de la ciudad al que ya llaman *Mellah*, con el que garantizar la seguridad del suministro de oro y plata en la otra orilla del Estrecho.

–*¡Yallah tif, yallah tif!* –dijo sonriendo el califa–. *¡Mellah!*; hay que reconocer que hasta para los nombres sois únicos.

–La sal viene siendo un importante símbolo de riqueza en este mundo, aunque el oro, en la actualidad, ya se sabe, amenaza con arrinconarlo, mi Señor.

–Bueno, mi leal Hasday, como puedes observar, tenemos faena a tu regreso.

–Como siempre, mi Señor, agradezco el honor de contar con mis consejos –respondió Hasday Ben Saprut, mientras reculaba en reverencia sostenida.

–¡Que Allah te proteja! –deseó Abd al-Rahman III a su hombre de confianza.

Con paso decidido, quiso el judío realizar un recorrido breve por el exterior de la estancia, para acabar constatando la difícil convivencia con las obras de tan magna edificación, iniciadas hacía ya tres años.

Cuando pudo divisar lo que quedaba de la luna, se detuvo. Acomodó la mirada al infinito y una honda respiración ensanchó su pecho. Quería llevarse consigo el perfume del comienzo de una noche en el incipiente jardín de la que, imaginaba, llegaría a ser algún día joya del Califato: Madinat al-Zara’.

